

Sobre el Perú

Homenaje a José Agustín de la Puente Candamo



Capítulo 19



Pontificia Universidad Católica del Perú

FACULTAD DE LETRAS Y CIENCIAS HUMANAS

FONDO EDITORIAL 2002

Sobre el Perú: homenaje a José Agustín de la Puente Candamo

Editores:

Margarita Guerra Martinière

Oswaldo Holguín Callo

César Gutiérrez Muñoz

Diseño de carátula: Iván Larco Degregori

Copyright © 2002 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Plaza Francia 1164, Lima

Telefax: 330-7405. Teléfonos: 330-7410, 330-7411

E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Obra completa: ISBN 9972-42-472-3

Tomo I: ISBN 9972-42-479-0

Hecho el Depósito Legal: 1501052002-2418

Primera edición: mayo de 2002

Derechos reservados, prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Una meditación sobre los símbolos del Perú

Antonio Belaunde Moreyra (Benito Córdor)

A José Agustín de la Puente Candamo, afectuosamente

Los símbolos nacionales son básicamente tres: la bandera, el escudo y el himno. A éstos habría que agregar el lema del escudo y la moneda, símbolo móvil muy particular. ¿Qué duda cabe de que la Patria peruana tiene muchísimos otros símbolos? La Mascaypacha, por ejemplo, sería uno de ellos. Ocuparnos de todos *in extenso* nos llevaría demasiado lejos. Aquí nos atenderemos sólo a aquellos que han sido reconocidos por la legislación peruana.

I. La bandera

Según las corrientes indigenistas, el Perú tiene dos banderas: una oficial y otra no oficial. La primera, coloreada de blanco y rojo, sería la que todos reconocemos como símbolo de nuestra Patria; y la otra, pintada con los siete colores del arco iris, sería símbolo del incario y del pasado prehispánico.

I.1 *El arco iris incásico*

Pretender que el Incario tuvo una bandera me parece algo anacrónico y falso, pues el simbolismo del trapo flameante (*drapeau*, en francés) estaba unido a la navegación en alta mar y servía, sobre todo, para la identificación de las naves. No se podía navegar sin bandera; ni siquiera los piratas dejaban de izar su negra bandera. En tierra se usaba, más bien, el estandarte o pabellón, que no tenía las características de un trapo flameante.

El arco iris, como quiera que estuviera simbólicamente representado, pudo haber tenido un enorme valor como estandarte o, más bien, como gallardete en alguna forma práctica que me es difícil imaginar.

Ese valor se me antoja fácil de entender desde el punto de vista de la religiosidad natural. El arco iris es el premio que el Dios del cielo, Wiracocha, otorga al Dios solar, Inti, por su victoria sobre el Dios

atmosférico, Illapa, encarnado en la tempestad. Esto debió ser tanto más significativo cuanto que, según las más modernas investigaciones, al Inca Pachacútec, vencedor de los chancas, se le identificaba con el Dios solar. Illapa debía ser, entonces, el Dios tutelar del líder chanca Uscavilca. Por lo demás, no debe tomarse tal simbolismo como una rebeldía contra el uranio Wiracocha, puesto que es él mismo quien premia al Dios solar Inti con la corona multicolor o, más bien, guirnalda que enmarca su gloria.

Este símbolo natural no es mudo ni ajeno para el cristianismo, pues hay un Salmo que proféticamente identifica a Cristo con el mito solar. Mircea Eliade nos ha explicado cómo existe un constante desplazamiento de los dioses atmosféricos hacia lo alto del cielo. Esta ley, aparentemente pagana y politeísta, se cumple también en la teología judeocristiana y se expresa en el desplazamiento del Padre (primera persona de la Trinidad) desde su posición inicial de Dios atmosférico del Sinaí (Yahvé, para los judíos) a la posición de Dios del cielo que hoy ocupa. En palabras del mismo Cristo, "Padre Nuestro, que estás en el cielo..."

No creo que sea blasfemo marcar el paralelismo entre el Yahvé sinático y el Zeus tonante de la mitología olímpica.

Si uno se fija bien en los Salmos, hay uno que alude a un uranio *Altísimo*, que fue el que dio a Yavé su lote y su heredad: el pueblo de Israel. Ese uranio del más elevado firmamento ha quedado asimilado en la religión cristiana a nuestro Padre que está en el cielo y algunas veces lo decora con el arco iris, que rara vez se ve en Lima pero frecuentemente en la sierra. Semejante simbolismo naturalista no es pues ajeno al Perú cristiano de hoy y, cabe agregar, no prueba nada en contra del carácter revelado de la verdad cristiana el que ella asuma un simbolismo natural que parece esencial a la religiosidad del hombre.

1.2 La bandera de Miranda

Bolívar adoptó para la Gran Colombia la bandera propuesta por Miranda. Ésta se componía de los colores amarillo, rojo y azul. Éstos se obtenían de los colores del arco iris por mezcla. En efecto, Miranda, según parece, pensaba en hacer una bandera cuyos colores fueran una versión plásticamente resumida del arco iris incásico. Éste era otro intento de ligar a las nuevas naciones independientes de la América del Sur con el enorme prestigio del pasado de los Incas.

Ahora bien, debo traer aquí a colación el simbolismo de los colores en la heráldica de los estandartes nacionales, tal como ha sido inter-

pretada a partir del descubrimiento del sabio francés George Dumézil. Él descubrió lo que llamó "las tres funciones sociales". Estas funciones eran funciones directivas. El común del pueblo quedaba fuera de ellas. Se trataba de la función religiosa o normativa, la función guerrera y al mismo tiempo regidora en el sentido de ejecutiva, y la función económica o función promotora de la fecundidad de la naturaleza y de la producción. Dumézil llegó a este hallazgo gracias al paralelismo estructural tripartito que encontró entre el panteón romano y el sistema indostánico de castas. No nos es posible desarrollar esta comparación en detalle; bastará decir que la tripartición de funciones guarda un evidente parecido con la teoría platónica de las tres almas: el alma concupiscente de naturaleza puramente biológica; el alma irascible, que rige la vida pasional y las emociones básicas de ternura y coraje; y el alma que Platón llama racional. Se sabe que la tricotomía platónica es relativamente distinta de la aristotélica, que distinguía los niveles vegetativo, sensitivo y racional; en cambio, se parece mucho a las llamadas tres gunas indostánicas: *tamas*, *rajas* y *sadva*, que en suma son el peso de lo material en la vida; la pasión, muy similar a la irascibilidad platónica; y por último, *sadva*, el espíritu ligado a la vivencia religiosa. Con esto creemos haber explicado lo suficiente acerca de las tres funciones que identificó Dumézil y que encontró particularmente diferenciados en los pueblos indoeuropeos. Por cierto, las tres funciones directivas deben ser cumplidas en toda sociedad, primitiva o evolucionada, pero puede variar mucho la diferenciación en que se presentan en las diferentes estructuraciones de la vida social.

Por eso se dice que frente al carácter triádico de los indoeuropeos está el dual de China y al antiguo Egipto, y el tetrádico de las culturas amerindias manifiesto en el Perú, por lo pronto de tres maneras: el mito de fundación de los cuatro hermanos Ayar; la distribución del espacio en los cuatro Suyos o paisajes diversificados del Incario; y la idea de las cuatro edades del mundo que figura en Guaman Poma. La tricotomía dumeziliana, en todo caso, otorga una llave para penetrar comparativamente en estas diferentes estructuras sociales, y en todo caso ella ha motivado una peculiar interpretación triádica de la heráldica de las banderas de estandarte que debemos traer a colación a propósito de la tricotomía que era la bandera de Miranda.

A lo que queremos llegar es a que desde el punto de vista dumeziliano la bandera más perfecta y más equilibrada es el tricolor francés, donde el blanco está por el espíritu, es decir el alma ligada a Dios; el rojo por la sangre y por lo tanto el corazón y el coraje; y el azul,

color frío y oscuro, por la fecundidad de la materia prima, sea en un sentido alquimista, sea en un sentido fisiocrático, como feracidad de la naturaleza, sentidos ambos que en el fondo quizá no estén opuestos. El tricolor francés por lo demás es anterior a la fase crítica de la revolución y representó el ideal moderado de la monarquía constitucional; por eso el rey aceptó que la escarapela tricolor fuera impuesta en su pecho por su leal súbdito el Marqués de Lafayette, héroe de la independencia de Estados Unidos. Él tiene variantes en el italiano o mexicano, donde el verde se sustituye al azul, pero significa básicamente lo mismo, o en el antiguo tricolor alemán, donde la materia prima era simbolizada más radicalmente por el negro, conlleva inequívoca alusión a la muerte, o sea, a la dialéctica de vida y muerte que está en la base de la alquimia cuya materia prima es negra, y es de ahí de donde parte el enigmático proceso de la transmutación. El negro se conserva en la variante que surgió en las revoluciones liberales del siglo pasado, cuyos otros colores son el amarillo y el rojo. Así, por ejemplo, en la bandera de Bélgica (1830), y la de Alemania Federal, donde fue inicialmente escogida a raíz del Congreso Democrático de Frankfurt en 1848. Ese bicolor expresa todavía un pensamiento triestamental ajeno al jacobinismo cuyo color propio fue siempre el rojo.

Confirmando el esquema de Dumézil, la bandera papal, blanco y oro, es la más sádrica, la más espiritual que cabe. El carácter sádrico del blanco es obvio; el amarillo es ya un color, pero entre éstos el que más se aproxima al blanco, color de la luz, es decir la energía solar en primavera. El amarillo es pues un escalón intermedio entre lo sádrico y lo rajásico, al cual se aproxima más el naranja, por ejemplo, que sirve de fondo al Dannebrog, bandera de Dinamarca.

La bandera peruana no es ni mucho menos el único ejemplo de bandera bicolor, que en este sentido altera la inicial triada dumeziliana. Un caso notable es la española, oro y gualda, que una marchita popular interpreta como los vinillos de Jerez y de Rioja. También es bicolor la bandera argentina donde el celeste es una forma sádrica de azul y representa la pureza de la Santísima Virgen.

La bandera de Miranda tiene la misma estructura triádica, que vemos sobre todo en la belga y la federal de Alemania. El rojo es siempre el elemento rajásico de la sangre; el azul o el verde, creo, en la bandera de Bolivia representa el elemento tamásico o fecundidad de la tierra, y el amarillo es, como ya decimos, un elemento sádrico, espiritual, teñido de una connotación algo rajásica como el oro de la bandera papal.

Pero surge de inmediato la pregunta: ¿por qué si la bandera de Miranda, comenzando por Colombia, ha sido acogida por todos los países bolivarianos, el Perú no la ha hecho suya, cuando esa bandera tiene el significado adicional de su simbolismo incásico oriundo?

1.3 *El bicolor rojo y blanco*

La historia del bicolor rojo y blanco ha sido objeto de una bella monografía de don Jorge Fernández Stoll, que figura entre la enorme documentación publicada con motivo del sesquicentenario de la Independencia nacional. No hace falta repetirlo, y para toda referencia histórica nos remitimos a aquel trabajo.

Lo que aquí nos interesa es su interpretación simbólica. Ella resulta bastante obvia: el rojo es la sangre, el blanco es el alma. En nuestro país mestizo, crisol de razas y de sangres, es importante que la bandera nos recuerde que todas las sangres son rojas, las buenas, pero que el alma debe siempre ser blanca, lo que nada o muy poco tiene que ver con la pigmentación de la piel y la ondulación o grosor del cabello. "La sangre roja, el alma blanca", provocaba gritarles a los comunachos que se empeñaban en borrar el blanco de nuestra bandera.

Curiosamente la bandera que se parece más a la del Perú es la de Austria y no está demás que cuente su historia. El Archiduque Carlos fue uno de los líderes de la III Cruzada junto con Ricardo Corazón de León, ese normando rey de Inglaterra con quien se peleó, y Felipe Augusto, rey de Francia, políticamente amigo suyo. Bien, la vestimenta del cruzado era una cota de malla con la cruz blanca en el escudo y un casco o yelmo de acero protegiendo la cabeza, y sobre la cota de malla una túnica blanca; pero he aquí que en el fragor de la batalla del asalto de San Juan de Acre, donde el Archiduque se distinguió aún más que el Corazón de León, quien por eso le cobró cócora, digo, la túnica blanca se manchaba totalmente de rojo por la sangre de los enemigos descalabrados o despanzurrados. Entonces sus servidores, para poderlo reconocer, le ponían un pañuelo o echarpe blanco en la cintura y cuando éste se manchaba, otro, y de nuevo otro, hasta la victoria final, de modo que quedase el rojo, blanco y rojo horizontalmente, como son los tres campos de la bandera austríaca. Los nuestros son verticales, y por ello, creo yo, marcan un contraste aún más vivo. En ciertos contextos, como el pasaje del Lorelei en el curso medio del Rhin, cuando corta el Taunus-Eiffel, el bicolor es señal de peligro, pero se me impone la convicción de que el simbolismo es igual, si

se quiere, aún más erguido: el alma blanca rodeada de dos campos de sangre roja, es decir, de "todas las sangres", para ponerlo en palabras de José María Arguedas.

De otro lado, está el hecho que el Perú no es sólo un país bolivariano, sino también sanmartiniano, y San Martín, cierto que con otro diseño, había escogido nuestro bicolor antes de la llegada de Bolívar. Se dice que ello se debió a su rol en la guerra anti-napoleónica de España, donde se distinguió heroicamente en la batalla de Bailén. Los patriotas españoles escogieron entonces el bicolor rojo y blanco que los ligaba a su herencia borgoñono-austríaca renacentista porque Pepe Botella había usurpado el gualda y oro. Así, en el fondo, San Martín adoptó el rojo y blanco por su apego a la idea monárquica, común a toda la Logia Lautaro a la que pertenecía, y ello no lo pudo borrar la dictadura republicana de Bolívar.

Vemos en todo caso que nuestro pabellón tiene un remoto origen cruzado, como la enseña austríaca misma. Son muchas las banderas cruzadas, entre ella los países escandinavos, con el Dannebrog a la cabeza, y el Unión Jack Británico que junta las cruces de Inglaterra, Escocia o Irlanda, no la que menos por último, la de Suiza, cruz blanca sobre el fondo rojo, que dio lugar, con el mismo diseño pero con inversión de los colores, a la bandera de la Cruz Roja Internacional.

Por lo menos es obvio que quizá un momento culminante de la cultura peruana se produjo en la época virreinal, bajo la égida de la casa de Austria y parece natural que de alguna manera nuestra bandera aluda a ello de preferencia sobre el simbolismo más genérico que hemos visto tiene la bandera tricolor de Miranda. No creo que hace falta detenerse a sustanciar este aserto.

Una niña, en circunstancias que sería largo de explicar aquí, recitó en su colegio un 28 de Julio, hace ya más de dos décadas, un poemilla patriótico que le decía al Perú:

Tu bandera es roja y blanca
por la sangre de los héroes
y la pureza del alma.

Creo que ese imperativo vale para todos los peruanos.

Otros bicolores rojo y blancos son el canadiense y el polaco, cuyos dos campos verticales me son difíciles de interpretar. En el lejano Oriente, entiendo que también Indonesia tiene una bandera bicolor y por cierto, Japón con su rojo sol poniente, que aquí ya llamamos "de las

brujas". El de Líbano tiene un cedro verde en el campo blanco, a diferencia del maple encarnado del Canadá. Con todos esos pabellones el nuestro tiene un indisimulable aire.

El lector se preguntará desde el punto de vista dumeziliano y el tercer aspecto quirínico o tamásico de la fecundidad de la tierra. ¿Está fuera dentro de nuestro simbolismo nacional? De ninguna manera, sólo que él se refugia y se concentra en el escudo.

II. El escudo fisiocrático

El escudo peruano, como se sabe, alude básicamente a la excelencia de nuestro país, en el sentido en que esta última palabra está ligada al paisaje, en los tres reinos de la naturaleza: la delicada vicuña en el reino animal, el salutífero árbol de la quinua en el reino vegetal; el cuerno de la abundancia derramando monedas o medallas de oro, recordatorio de riqueza legendaria y símbolo solar por excelencia, en el reino mineral.

Este escudo refleja, a mi entender, la influencia de las ideas fisiocráticas que sin duda habían llegado aureoladas de un alto prestigio al Perú en el período en que sesionaba la celebre Sociedad de Amantes del País, que juntaba a nuestros más preclaros próceres. No sé que ello tuviera expresión en algún artículo del *Mercurio Peruano*, órgano de esa sociedad durante el gobierno del virrey Gil de Taboada; pero la filiación de las ideas me parece evidente. Se trata de una visión ideal, más bien platónica de la naturaleza, como la que inspiró los grandes oratorios de Haydn, "La Creación", "Las Cuatro Estaciones", lo contrario de una visión utilitaria, que por entonces ya había asomado en la Inglaterra de Jeremías Bentham, opuesta a Napoleón, a la que estuvieron vinculados un tiempo Miranda y luego Andrés Bello. Hay quien habría preferido a la delicadeza de la vicuña el vigor guerrero del puma, rugiendo su energía, símbolo también incásico; pero esto habría sido ya demasiada insistencia en el simbolismo solar, pues el puma es el león americano, y el león, el rey de los animales, que por su melena recuerda la radiación solar. Sin embargo, quizá de alguna manera oculta el puma está también presente en nuestro simbolismo nacional.

Hay otros, pienso yo, quizá los de fuera, que pudieran pretender que el árbol de la quina fuera sustituido por el arbusto de la coca, planta también sagrada para los incas, lastimosamente profanada y bastardeada en tiempos recientes. En todo caso, que el oro está en su

lugar no cabe la menor duda, aunque la promesa de la cornucopia de la abundancia diste mucho de haberse realizado en lo que llevamos de vida republicana. Lo que si es cierto es que de tiempo en tiempo la Providencia pone valor a algún producto peruano; guano, azúcar, caucho, cobre, harina de pescado, lo que nos impide caer en la más negra miseria (se avecina, al parecer, el turno del gas de Camisea). Esto nos lleva a tratar de la moneda.

III. El Sol de Oro

Tal es el nombre tradicional de la moneda peruana distinguiéndose del apelativo común en América Latina *peso* que alude algo más tamásicamente a la ley de la acuñación. Nuestro peso a partir del gobierno de don Nicolás de Piérrola adquirió una connotación alusiva al Astro Rey. Lástima. La moneda como símbolo nacional tiene la particularidad de tener un valor variable como de termómetro de la salud socioeconómica, ya que corre el riesgo de volatilizarse por defecto de su devaluación en las fases críticas.

La palabra *sol* no era ajena a la terminología monetaria clásica, donde alude al pago de los guerreros, *soldado*, de donde viene el castellano *sueldo* y el francés *sou*, moneda de cinco céntimos, con lo que esta etimología recuerda lo que venimos diciendo sobre el destino ígneo de todos los medios de pago, cosa que no impide estar *prés de ses sous*, como hace la buena burguesía francesa y los que aquí seguimos su ejemplo.

Cuando el sol se llamaba *de oro*, aunque era en realidad de plata, lo que no estaba nada mal, alguien dijo:

No nos alumbra el sol
Que tan generoso suena
Como nombre de moneda,
Pero rueda hacia alguna arca llena.

Quizá el Nuevo Sol sea el mismo de siempre que brillará en el futuro venciendo las espesas nubosidades que nos *asombran* o ensombrecen. Nos asombra en efecto que el ahorro nacional vaya a parar a arcas foráneas. Raimondi una vez dijo: "El Perú es un mendigo sentado sobre un banco de oro".

¿No será la cosa al revés?, es decir, que es el banco de oro el que está sentado sobre el pobre mendigo, nuestro país, llámese Banca Mundial o Fondo Monetario. No insistimos. Como quiera que eso fuere, el Perú tiene la dignidad solar y el oro de la Conquista aún relumbra y resuena en la memoria de los pueblos cuando oyen su nombre.

Quizá haga falta algo decisivo de parte nuestra, a fin que "la promesa de la vida peruana", según la llamó Jorge Basadre, llegue algún día a ser real. La moneda cuando era Sol de Oro, contenía este lema: "Firme y feliz por la unión", lema que marca el carácter indefectiblemente unitario del Estado peruano actual y el imperativo de consolidar esa unidad consumando el proceso de la integración nacional, y aún mas que eso, de solidaridad humana. Mi amigo Juan Zegarra Russo se preguntaba: ¿Qué se puede esperar de un país cuya única contribución al universo de los deportes es el juego del "palo encebado"?

IV. El himno

El himno contiene un imperativo aún más categórico, si caben grados, en el superlativo kantiano; "¡Somos libres, seámoslo siempre!".

Según el pensador brasileño Carlos Guillermo Merquior, la libertad es de tres modos: libertad de cadenas y prisiones coactivas externas; segundo, libertad como capacidad de elegir, o sea panoplia de posibilidades abiertas a nuestro arbitrio o nuestro capricho, por ejemplo, en el mercado, siempre que no nos falte numerario; y tercero, la libertad como determinación desde dentro, es decir, como energía de la elección misma. Es ésta, en suma, la libertad que propugna nuestro himno, la que nos hace realmente libres frente a toda inercia externa o interna y se consuma en el acto libre supremo que es el amor.

Pero ¡atención! El himno nos amonesta:

Antes niegue sus luces el Sol
Que faltemos al voto solemne
Que la patria al Eterno elevó.

El himno del Perú es dual. La estrofa es un andante meditativo y profundo, como son el "God save the Queen" británico y el "Deutschland Ober Alles" germánico, basados en sendas melodías de Hendel y Haydn; el coro es una marcha triunfal, como la "Marsellesa" y la

bella "Marcha Real" española. Hay otras. No quisiera omitir el "Star-Spangled Banner" de nuestro gran vecino del norte. Lástima que la interpretación al uso no toma en cuenta esta maravillosa y contrastada variedad rítmica y melódica del Himno Nacional, y convierte su tiempo en una banalidad inepta para reflejar y transmitir un significado profundo.

La estrofa, que habla primero del arrastrar de cadenas de la esclavitud, progresa en un *crescendo* que culmina y estalla en el coro triunfal. Eso de las cadenas no le gustaba a don Raúl Porras Barrenechea, pero a mí me recuerda al himno de la libertad que es quizá el momento culminante de *Fidelio*, la célebre ópera de Beethoven, identificado por su frase inicial "Welche Lust!". La mejor manera de acentuar el valor de la libertad es marcar su contraste con el aprisionamiento, y eso hace nuestro himno Nacional, al igual que el notable coro beethoveniano. El musicólogo alemán Atila Sampay ha explicado cómo el coro juega un papel muy distinto en la ópera romántica que no jugaba en la ópera barroca clásica, Mozart inclusive. Entre tanto, había ocurrido la gran Revolución Francesa, y desde ella era imprescindible la voz del pueblo: "Vox populi, vox Dei".

De ahí la relevancia del coro de la época rómantica, y el primero de esos grandes coros heroicos es el aludido "Welche Lust" de Beethoven, al cual, en la idea al menos, se liga nuestro himno.

Ya lo decimos, nuestro himno es dual, lo mismo que la bandera, aunque obviamente por medios distintos: la una con tonos visuales, el otro con colores sonoros; pero ambos expresan un vivo contraste que por lo visto es congénito a nuestro carácter nacional. Eso en efecto me sugiere que el Perú, como persona colectiva, es a su vez dual, cíclico, cosa que habría que estudiar desde el punto de vista de la caracterología simbólica del universo mítico astrológico; su impronta solar está, confiemos que no permanentemente, ensombrecida por densos nubarrones que hacen que el sol nos niegue sus luces, cosa muy frecuente en los inviernos limeños.

Pero esas sombras son más interiores que externas. No son cósmicas, telúricas ni foráneas; son más bien anímicas, cosa de temple interior. Las llevamos lastimosamente dentro. Por lo mismo, depende de nosotros, por cierto con la ayuda de la gracia implorable de la Divina Providencia, llegar a dispensarlas y disolverlas. Eso sucederá algún día, reza de la esperanza, y entonces al Altísimo nos premiará, seguramente, con un arco iris perdurable que marque la grandeza de esta patria cuando se cumpla, cristianamente, el mito del Incarri, después

de haberse repetido, hasta hace poco, la leyenda de Yawar Huacca; patria cuyos símbolos son tan poderosos que apenas nos damos cuenta de ello, pero en el fondo de nuestras almas, o de nuestra alma colectiva, todos los peruanos y peruanas lo sabemos. No guardemos demasiado oculto el secreto.

Lima, 22 de octubre de 1997.

Post scriptum

A propósito del carácter solar del Perú cabe señalar que nuestra independencia fue oficialmente proclamada en Lima un 28 de julio, día en que desde entonces celebramos nuestra fiesta nacional. Así, astrológicamente al Perú le corresponde el signo Leo, símbolo solar por excelencia ya que en principio representa el potente sol del pleno verano, esto es el hemisferio norte. Lo malo es que el Perú está situado en el hemisferio sur y nuestro mes de Julio es invernal, al menos en la región costera. Es sabido que los símbolos astrológicos (tanto los caldeo-alejandrinos como los chinos) fueron concebidos en el hemisferio norte. Por cierto, las constelaciones del Zodíaco son ecuatoriales por lo que rigen para todo el globo terráqueo, pero que yo sepa, los modernos astrólogos no han resuelto todavía el problema de la inversión de las estaciones en el hemisferio sur. Esto no es problema en la región serrana del Perú donde se llama invierno a la estación pluviosa, que corresponde al verano de la costa que se encapota con nuestra benigna temporada invernal.

Así, el cielo grisáceo de la Ciudad de los Reyes que no se desvela del todo aún en nuestro moderado "ferragosto", me sugiere que el oro solar del Perú, al menos en Lima, cuyo techo atmosférico el vulgo llama "panza de burro" y don Jorge Basadre, más elegantemente, llamó "cielo opalino", tiene algo plúmbeo. Hay que urgar en la reflexión de don Hipólito Unanue para ver si se percata de ello. Por lo demás, el oro y el plomo son metales muy parecidos en su estructura molecular, pero opuestos en sus respectivas virtualidades simbólico-metafísicas, hecho, por lo demás, bien sabido.

En la maravillosa comedia *El Mercader de Venecia*, el más grande genio del teatro universal, al menos el cristiano, William Shakespeare, sacó partido de ese contraste metafórico cuando Portia propuso, si mal no me equivoco, a Antonio, que escogiera el cofre en que se hallaría la llave de su propio enigma y destino. Un cofre era de oro, el otro

de plata, y el tercero, no de cobre, sino de plomo; pero éste es el que contenía la llave o clave.

Desde un punto de vista dumeziliano, el metal blanco, la plata –“lágrimas de mi madre, la Luna”– dice Atahualpa en una relativamente reciente dramatización británica de su tragedia, es más “padvico” que el oro, “sudor de mi padre, Inti-Sol”. Ya sabemos, en efecto, que el oro no es pictórico del neutro ya que constituye un color puro, el más fúlgido del iris, y por lo tanto comporta de suyo un talante rajásico, es decir de pasión, o “Leidenschaft” que dicen los alemanes –aunque fuere jovial– y hasta elementos concupiscibles de lujuria, avaricia, soberbia, etc., que en principio están ausentes en el albor argénteo.

Y el plomo, para Shakespeare, es claramente un oro al revés, casi senil, saturnino. Lo que Portia elogió en él es su significación de desapego, desprendimiento. Es por ahí por donde debemos entender, creo, el carácter inverso del Sol limeño, lo cual nos acerca al Bagavid Gita, al Maister Eckart, y, en suma, a los santos que florecieron en la Ciudad de los Reyes de carisma tan elevado.

El Perú es un país marcado por un destino a la vez fulgurante y misterioso. Esto lo perciben a medias nuestras vecinos aunque se niegan a respetarnos, pero siempre nos envidian, salvo quizá el otro país imperial de Sudamérica, el Brasil (a mi entender, Ecuador y Bolivia son parte del real y verdadero Perú pan andino y federativo).

¡Es a nosotros mismos a quienes todavía hace falta entenderlo, pero el tiempo nos lo dirá, pronto!

Lima, 2 de marzo de 1999.